

de refugio. La creación poética se irá constituyendo así en “El lugar en donde todo sucede” (101-111), y el ejercicio de la misma en la búsqueda final de “El centro” (113-119). De hecho, Goldberg afirma “nuestra lectura del imaginario espacial de Pizarnik podría reformularse como la aspiración a acceder a un centro absoluto” (113), estadio donde culmina y se integran los distintos episodios de su trabajo.

La aportación de estas conclusiones sobre el corpus poético de Pizarnik tiene un doble interés: de un lado, sintetiza y profundiza en una de las anotaciones más frecuentes de la crítica: el imaginario espacial como matriz de esta poesía. Análisis que coincide, además, con un claro resurgimiento de la espaciología literaria –y su enorme capacidad modelizadora– en los estudios teóricos más recientes. Por otra parte, el establecimiento de las coordenadas espaciales, en todos y cada uno de los estadios señalados, permite acceder a las claves de una poética donde el eje semántico y existencial es la “distancia”, isotopía dirigida a la intensa y dramática búsqueda de un centro capaz de anularla. Al lado de este desvelamiento crítico, los abundantes ejemplos de la poesía de Pizarnik que se citan en el estudio confirman la pertinencia del enfoque de Goldberg, convirtiéndose así en uno de los acercamientos más complejos y directos de su poesía.

Alicia Llarena

U de las Palmas de Gran Canaria

**Jorge Luis Borges. *El tamaño de mi esperanza*. Primera edición, Buenos Aires: Editorial Proa 1926. Segunda edición, Buenos Aires: María Kodama y Compañía Editora Espasa Calpe/Seix Barral, 1993.**

“A los criollos les quiero hablar: a los hombres que en esta tierra se sienten vivir y morir, no a los que creen que el sol y la luna está siempre en Europa”, Con estas provocadoras palabras inaugura Borges su segundo libro

de ensayos publicado cuando tenía 27 años. Se plantea en ese y otros ensayos de *El tamaño de mi esperanza* la cuestión de la identidad nacional y su rol como escritor argentino. Examina los símbolos de la argentinidad postulados en la tradición cultural anterior a él y no reconoce como válidos para su presente circunstancia ni el criollismo del *Martín Fierro*, ni el progresismo de Sarmiento. De este último dice en un juicio que más parece de Piglia que de Borges: “Sarmiento (norteamericanizado indio bravo, gran odiador y desentendedor de lo criollo) nos europeizó con su fe de hombre recién venido a la cultura y que espera milagros de ella”. Respecto a aquellos proyectos nacionales dice específicamente Borges: “No quiero ni progresismo ni criollismo en la acepción corriente de esas palabras. El primero es un someternos a ser casi norteamericanos o casi europeos, un tesonero ser casi otros; el segundo, que antes fue palabra de acción (burla del jinete a los chapetones, pifia de los muy de a caballo a los muy de a pie), hoy es palabra de nostalgia (apetencia floja del campo, viaraza de sentirse un poco Moreira)”. Borges quiere una literatura nacional que se aleje de ambos arquetipos, por eso propone ensanchar la dignificación de criollismo para que no sea mero *gauchismo* sino un criollismo “conversador del mundo y del yo, de Dios y de la muerte”. Interpreto estas palabras como que Borges define lo argentino de manera subjetiva, como experiencia vivida y también abarcadora: “conversador del mundo” parecería indicar su intención de incluir dentro del criollismo también a los habitantes de las *orillas*, no representados hasta entonces en las grandes obras de la literatura nacional.

Efectivamente, en “Invectiva contra el arrabalero” Borges sugiere: “Sólo hay un camino de eternidad para el arrabalero, sólo hay un medio de que a sus quinientas palabras el diccionario las legisle... Basta que otro don José Hernández nos escriba la epopeya del compadraje y plasme la diversidad de sus individuos en uno solo”, y reclama para sí mismo ese rol con estas

palabras: "Que nadie se anime a escribir *suburbio* sin haber caminado largamente por sus veredas altas; sin haberlo deseado y padecido como una novia; sin haber sentido sus tapias, sus campitos, sus lunas a la vuelta de un almacén... Yo he conquistado ya mi pobreza; ya he reconocido, entre miles, las nueve o diez palabras que se llevan bien con mi corazón...".

Este Borges que se muestra tan comprometido en su proyecto de redefinición de lo nacional sorprendería a quienes no habían tenido oponunidad hasta ahora de leer este libro difícil de encontrar. Borges mismo se ocupó de hacer desaparecer tantas copias como pudo de las 500 de la primera edición y nunca permitió que se reeditara. Con el permiso de su viuda, María Kodama ve luz casi 70 años más tarde una segunda edición cuya aparición celebrarán sin duda los lectores de Borges por lo que revela acerca de él.

Es sabido que en la década del veinte el joven Borges se reencuentra con Buenos Aires de la que partió cuando tenía 15 años y a la que vuelve a los 21. Después de su estada en Europa, Borges redescubre su ciudad natal "with a shock and a glow" —según él mismo cuenta en "An Autobiographical Essay"— que da origen a sus tres primeros libros de poesía *Fervor de Buenos Aires* (1923), *Luna de enfrente* (1925) y *Cuaderno San Martín* (1929).

Además de *El tamaño de mi esperanza*, son también de esa década sus libros de ensayos *Inquisiciones* (1925) y *El idioma de los argentinos* (1928). Borges no permitió incluir en sus "obras completas" estos tres primeros libros de ensayos. Estos libros, reeditados recientemente, son necesarios para entender la obra total de Borges pues en ellos se ven claramente claves que él se ocupará de desdibujar más tarde. Está allí, por ejemplo, su interés por la patria, presente en su obra posterior tanto en sus cuentos como en sus poemas, a veces en forma específica y otras latente bajo el estilo más abstracto que adopta a partir de la década del

treinta.

Lo que no es tan sabido quizás es que Borges participó entusiastamente en el proyecto nacional de revaloración de los sectores populares emprendido por el presidente Hipólito Irigoyen en la década del veinte. Borges admiraba a Irigoyen. Lo nombra en "Fundación mítica de Buenos Aires" en el verso que dice "El corralón segura ya opinaba: Irigoyen", y en el ensayo "El tamaño de mi esperanza" Irigoyen es el único "caudillo popular" que Borges rescata de la historia argentina. Borges participó activamente en la campaña de reelección de Irigoyen en 1927. Entiendo que esa admiración es una de las razones por las que el proyecto de Borges de redefinición de lo nacional y de cambio en lo cultural, coincide con el proyecto de Irigoyen de cambio en lo social. Borges estaba maduro para ese cambio social por la influencia que el expresionismo y el anarquismo —que sostenían la hermandad de todos los hombres— habían ejercido en él durante su juventud.

Otras influencias se suman en su descubrimiento del arrabal. En el ensayo "La pampa y el suburbio son dioses", Borges reconoce que su maestro ultraísta Rafael Cansinos-Asséns le ha señalado la importancia del arrabal como espacio estético. Efectivamente, en su libro *Los temas literarios y su interpretación*, Rafael Cansinos-Asséns dice que en el arrabal "se hacen imprecisos e incoherentes todos los lineamientos arquitectónicos y mentales de la ciudad", y que "los modos de la vida urbana toman inesperadamente (en el arrabal) un sentido arbitrario y autónomo". Creo que ese ensayo de Cansinos-Asséns, publicado dos años antes de *El tamaño de mi esperanza*, ayudó a Borges a comprender que además de la nostalgia que sentía por los barrios de su niñez, el arrabal podía convertirse en un riquísimo tema literario. Es posible que Borges, que estaba en ese momento en plena eclosión de su sentimiento por Buenos Aires, haya pensado que si el arrabal en cualquier ciudad era símbolo de

margen, espacio y experimentación, cuánto más lo sería en Buenos Aires, en que lindaba con el otro gran símbolo argentino: la pampa. Borges siente que se unen en el arrabal el pasado y el presente de la patria.

Como hace notar en su ensayo "La pampa y el suburbio son dioses" encuentra en las orillas, en el límite entre la ciudad y la pampa un símbolo a medio hacer" de la argentinidad. Coincido con Beatriz Sarlo, en que Borges responde así al impacto que la inmigración y la modernización produjeron en los intelectuales de Buenos Aires en la década del veinte. Se ocupa de los habitantes de las afueras de Buenos Aires, los recién llegados que se instalan en las márgenes de la gran ciudad. Y anticipa, conscientemente, lo que será —aún en nuestros días— la tensión entre dos sectores igualmente representativos de las naciones latinoamericanas: el campo y la ciudad.

Por otra parte, disiento con Sarlo cuando en su reciente libro *Jorge Luis Borges, a Writer on the Edge* (por lo demás excelente) sugiere que Borges escogió escribir acerca de las orillas pues sabía que escribía desde un país marginal. Propongo que Borges se plantea el concepto de marginalidad cultural en la próxima etapa, cuando después de su desencanto con el proyecto nacional de Irigoyen, y de su amistad con Alfonso Reyes que data de 1927, se plantea la síntesis de América y Europa. El tema de la marginalidad con respecto a Europa no aparece en los escritos de Borges de la década del veinte. En todos ellos se nota, por el contrario, que está embarcado en un proyecto de construcción de una literatura nacional del que es fehaciente prueba *El tamaño de mi esperanza*.

Creo que Borges prohibió la reedición del libro no por las ideas que contiene, ya que éstas siguen presentes de un modo u otro en su obra posterior, sino porque renegó de las experimentaciones lingüísticas y de los juicios enfáticos del estilo un tanto barroco de su juventud. En esos años Borges estaba tratando de captar la entonación exacta del idioma de los

argentinos e intentó lograrlo acercando el idioma escrito al oral. Por eso en muchos de los ensayos de este libro suprime la "d" final (ciudad, entidad, verdad, incredulidad), sustituye a veces "x" por "s" (estendido, esplicable), traduce los nombres propios de escritores famosos (Jorge Federico Guillermo Hegel, Juan Keath y abunda en diminutivos (campitos, olorcito, retacito, patiecitos) y argentinismos (pingo, tilingas, bagual, chirucitas). Años más tarde comprendió que lo que caracterizaba al idioma de los argentinos no estaba en la entonación de las palabras sino en el sentimiento con que se decían algunas de ellas, como "pampa" o "arrabal" por ejemplo. Por eso abjuró de esos experimentos y siguió buscando su identidad en niveles más profundos.

*El tamaño de mi esperanza* reúne ensayos breves sobre temas literarios e idiomáticos y reseñas literarias que habían sido publicados en *La prensa*, *Nosotros*, *Valoraciones*, *Inicial* y *Proa*. Están allí sus preferencias por Ascasubi, Estanislao del Campo, Fernán Silva Valdés, Mansilla, E. Wilde y Macedonio Fernández, así como un juicio positivo sobre Roberto Arlt, y otros lapidarios sobre Lugones y sobre Herrera y Reissig. De cuestiones idiomáticas se ocupa especialmente en "El idioma infinito", "Palabrería de versos" y "La adjetivación". En los dos primeros propone ensanchar el idioma con nuevos vocablos y en el último examina a algunos diestros adjetivadores y a otros que no lo fueron tanto.

En "Profesión de fe literaria", ensayo con que cierra el libro, Borges postula que "toda literatura es autobiográfica finalmente". E insiste: "A veces la sustancia autobiográfica, la personal está desaparecida por los accidentes que la encarnan y es como corazón que late en la hondura. Creo que este libro que por tantos años prohibiera reeditar, traduce algo de ese latir en la hondura de la obra de Borges.

Amelia Barili

Universidad de California. Berkeley